

LA ALJAFERÍA, SÍMBOLO DE CONCORDIA

Situación socio-política en Zaragoza y en el Reino: su reflejo en la Aljafería

La Aljafería ha sido y es como un barómetro de la actualidad social, política y económica de la ciudad de Zaragoza y del propio reino de Aragón. Ha reflejado y padecido todos los vaivenes de la historia, hasta el punto de que sus orígenes están indisolublemente unidos a estas circunstancias. Desde el principio, el Palacio acusó de manera pendular los períodos críticos de su entorno, la estabilidad política, los momentos de auge y depresión económicos, las victorias y las derrotas, las conmemoraciones, las ceremonias, las huellas culturales y las religiosas y hasta el olvido. En sus piedras, en sus yesos, tapias, mármoles y maderas, han quedado impresos los avatares ciudadanos, el brillo y el dolor de Zaragoza; ningún otro monumento zaragozano ha compartido tan intensamente la historia de nuestro pueblo, ningún otro recinto ha cobijado tantas culturas, estilos, modas, influencias y funciones. Las esencias más antiguas han pervivido, pero, a diferencia de otros lugares, lo han hecho *conviviendo* con otras posteriores y no sólo con algunas, sino, con todas las que han existido.

Ciertamente, la Aljafería, desde su raíz musulmana ha sido puerta y llave de Zaragoza, bastión, lugar de recreo, palacio, parroquia, sede de la Inquisición, presidio para asegurar la ciudad, calabozo, cuartel, lugar histórico-artístico, asiento de las Cortes de Aragón y quién sabe cuántas cosas más todavía.

Toda esta polivalencia funcional ha ido quedando plasmada en las sucesivas intervenciones arquitectónicas que, en el estilo artístico de cada momento y con la profundidad propia, se han ido solapando en la vieja, cansada y perpetuamente renovada estructura de la Aljafería. Pero su cualidad primera,

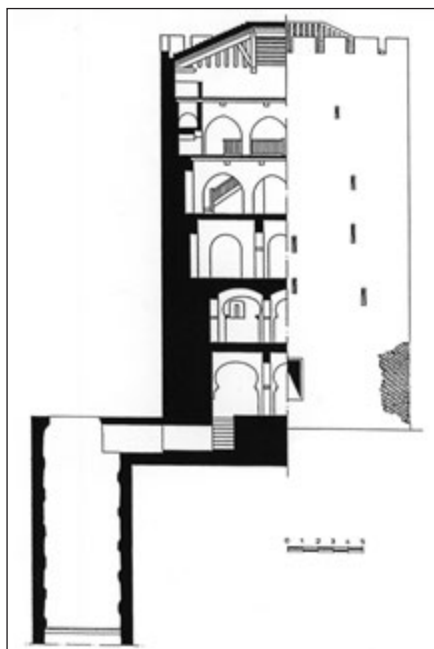
la más descollante, aquella por la que quizá ha asumido tantas funciones y mantenido su preeminencia a lo largo de nuestra historia, ha sido su carácter de emblema, de símbolo de Zaragoza. Esta representatividad que, consciente o inconscientemente, se ha otorgado a la Aljafería, ha sido causa involuntaria, a pesar de las opiniones vertidas, de que hayan llegado hasta nosotros restos vivos de épocas, como la islámica, sin parangón en la ciudad; pero también ha propiciado que la readaptación constante a usos y cometidos distintos haya sido más una máscara que una realidad, una necesidad continuamente sentida por príncipes y autoridades de encarnarse en el símbolo pero sin reflejo práctico, en muchos casos, en la estructura del edificio. Justo será advertir que también la penuria económica tuvo participación en esta disfunción y fue causa definitiva, en muchas ocasiones, de la desestimación de intenciones y proyectos que quedaron necesariamente arrumbados y olvidados.

La Aljafería ha sido, pues, un edificio con una profusión y promiscuidad de elementos de muy variado carácter, componiendo un conjunto amorfo al que se ha pretendido encomendar, a veces, el desempeño de funciones para las que no siempre estaba preparado. Paradójicamente, esta falta de condiciones la ha preservado de la destrucción en momentos de conflictividad bélica, al ser escasamente apreciados su valor militar y la actividad que era capaz de desempeñar. Habremos, sin duda, de felicitarnos, aunque sólo sea por una vez, de que la debilidad, aliada a la falta de recursos, haya perpetuado el complejo monumental de la Aljafería.

Los ciclos constructivos

La Aljafería, articulada en torno a un primer núcleo con función militar, la monumental torre del Homenaje, cuyo emplazamiento obedecía a necesidades estratégicas, se consolida en época califal y alcanza su mayor esplendor durante el taifato zaragozano.

Efectivamente, el enorme bloque cúbico, de veintiséis metros de altura, con planta rectangular de dieciséis y medio por doce



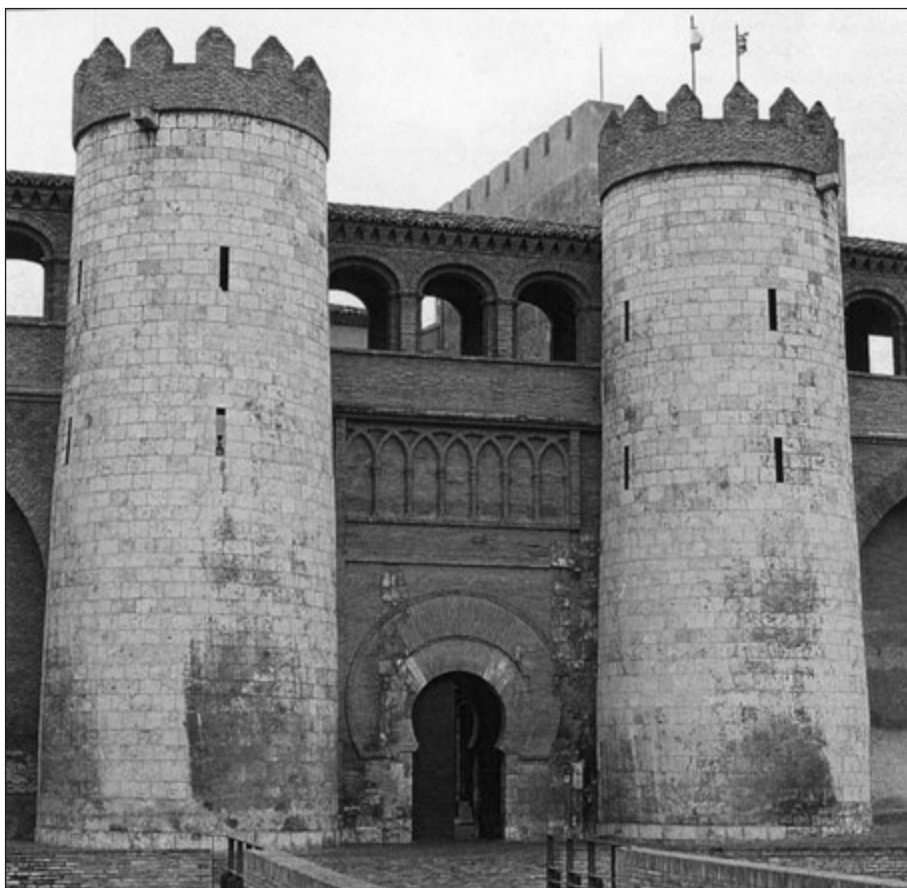
Torre del Homenaje. Alzado y sección



Torre del Homenaje. Planta baja

metros y muros de hasta cuatro metros de espesor en su base, alberga en su interior seis plantas y está conectada a un pozo exterior para el abastecimiento de agua. Esta torre, aglutinante de las primeras construcciones y referencia para todo el conjunto, está emparentada tipológicamente con su homónima de la alcazaba granadina. En torno a esto, en el siglo diez, Abd al- Rahman III, siguiendo el método de actuación que utilizaba en cada ciudad que atacaba y sometía, probablemente rehabilitó, amplió y reforzó los restos de las primeras construcciones con el objeto de asegurar la fidelidad de Zaragoza, capital de la Marca Superior y base de operaciones en el norte de al-Andalus, y simbolizar en ellas el poder central de Córdoba.

El período amirí, durante el que Zaragoza siguió siendo el centro estratégico para las intervenciones contra los reinos cristianos, fue seguido por la taifa zaragozana inaugurada por el tuyibí Mundir I, que mejoró Zaragoza y la dotó de edificios



Puerta de acceso al Palacio de la Aljafería

monumentales y que desembocó en la instauración de una nueva dinastía, la de los Banu Hud, a cuyo segundo monarca, Abu Yafar Ahmad ibn Sulayman ibn Hud al-Muqtadir bi-llah, se atribuye lo más significativo de la Aljafería del siglo once, pero sin olvidar al resto de sus sucesores hudíes ni a los almorávides entre los que destacó ibn Tifilwit.

Después de la conquista de Zaragoza por el ejército cristiano de Alfonso I es ocupada la Aljafería en la que, aparte lo poco propicio del momento, es apenas necesario realizar obras dado el buen estado en que indudablemente se hallaba. Probablemente arrastró una existencia lánguida y apacible

con los sucesores de Alfonso, pero el tiempo deja su huella y Jaime I ha de ocuparse de algunas reparaciones que continuarán con Pedro III y que serán seguidas, a partir de la declaración de capitalidad del reino de Aragón a favor de Zaragoza, por Alfonso III, de una intervención más profunda planeada de manera sistemática por Jaime II, por cuya actuación podemos deducir el mal estado en que se encontraba la Aljafería doscientos años después de la conquista cristiana.

Tras el breve paréntesis del reinado de Alfonso IV tiene lugar el advenimiento de Pedro IV, quien dispone inmediatamente que continúen las obras de la Aljafería a pesar de la inoportunidad económica que tal medida supone, lo que indica claramente que la conservación del edificio no admitía demoras. A partir de aquí el rey se ocupará constantemente de arbitrar recursos, incluso en plenas campañas bélicas, para convertir a la Aljafería en un palacio digno de Zaragoza y de la monarquía aragonesa recuperando así, definitivamente, su condición de símbolo un tanto diluido desde el eclipse de su brillo islámico a principios del siglo doce, pero Juan I, Martín I y Fernando I necesitan seguir ocupándose todavía de acondicionar el Palacio, lo que prueba la magnitud de la obra y la escasez de los recursos aplicados a la misma.

El estado en que debió quedar el edificio y la dilatada ausencia del reino de Alfonso V fueron causa del abandono de toda actividad constructiva, incluso a pesar del mal estado que se advierte a mitad del siglo quince, hasta que se instala el Santo Oficio de la Inquisición y Fernando II decide remozar la Aljafería y crear unos nuevos y ricos salones dotados de monumental acceso, así como intervenir en la muralla y en la torre del Homenaje ya bien entrado el siglo dieciséis.

Se abre un nuevo y lógico ciclo de pausa que termina tras un rosario de acontecimientos que viene creando, desde antiguo, un ambiente tenso que se irá crispando a partir de 1580 y que explotará violentamente en 1591 dando lugar a lo que se llamó *las alteraciones de Aragón*. Una de las consecuencias de estos gravísimos hechos afectó a la Aljafería ya que el deseo del rey Felipe II, tras la ocupación de Zaragoza, fue la erección de un fuerte en la plaza del Toro, junto a la puerta del Portillo, para

sujetar a la ciudad. El paso del tiempo, la mejoría de la situación política y el enorme costo que significaba el nuevo presidio, impulsó al Rey a decidir que la alternativa más prudente y económica era la fortificación de la Aljafería y atribuirle el papel previsto para el nuevo fuerte que debía hacerse a la manera moderna, con lo que la Aljafería padeció una lamentable remodelación arquitectónica al intentar adecuarla a las condiciones militares de la época que, evidentemente, no se consiguió.

El desarrollo social y político del siglo diecisiete no propiciaba intervenciones en la Aljafería, aparte de que su condición de símbolo, en este caso, de la represión filipina de la ciudad, aconsejaba políticamente relegarla al olvido.

El siglo dieciocho comienza con la guerra de Sucesión que no afecta excesivamente a la Aljafería pero es, en este momento, cuando comienza la preocupación constante por la utilización, preparación y funcionalidad de la Aljafería, por lo que en el último tercio del siglo se verá afectada por su acondicionamiento para acuartelamiento de tropas.

De modo semejante al anterior, el siglo diecinueve casi comienza con una guerra, esta vez contra un enemigo exterior y en la que la Aljafería tuvo una participación intensa aunque limitada en el aspecto bélico, lo que hizo que sufriera deterioros de consideración que, unidos a su constatada inutilidad militar, inquietará constantemente a las autoridades responsables que tratarán de remediarlo con la redacción de numerosos proyectos de reforma que irán variando el aspecto y la distribución del ahora cuartel pero que, en definitiva, no mejorarán sus condiciones castrenses que seguirán siendo escasas.

El siglo veinte, finalmente, contemplará abundantes obras cuartelarias, la mayor parte de ellas destinadas a la reacomodación de tropas y a la provisión de condiciones de habitabilidad e instalaciones.

El análisis arquitectónico

Mediante el análisis arquitectónico de los ciclos constructivos que se han ejecutado en la Aljafería se puede concluir que, a partir un primer núcleo menor y fortificado se crea un recinto

estable en el que se desarrollará durante casi un milenio una arquitectura de reproducción endógena, los límites no se alterarán hasta mediado el siglo diecinueve con algunas instalaciones exteriores, impulsada por motivos de representación y prestigio en función del simbolismo atribuido al conjunto, determinada casi siempre por la escasa disponibilidad económica que se compensaba, a veces, por la necesidad política de su realización que obligaba a la emisión de sucesivos proyectos, cada vez más ajustados a los recursos que a las intenciones y necesidades, lo que se plasmaba en obras parciales, reutilizando y acondicionando elementos anteriores y creando una arquitectura frágil que obligatoriamente debe recurrir a la apariencia para cubrir su escasa solidez. Esta arquitectura, constreñida por el espacio, la historia y los recursos, no ha podido conseguir una unidad de estilo, sino a lo más, una mediana relación entre los componentes estilísticos de este eclecticismo obligado que, en conjunto, no puede ser tomado como paradigma, aunque sí puede serlo en determinadas porciones y estilos, ni evitar, finalmente, la repetida falta de armonía con la función.

El edificio, a partir de su núcleo fundacional, se constituye en un recinto fortificado, sin excesivas garantías, que encierra unas construcciones tipológicamente emparentadas con edificios muy variados y que está condicionado, inevitablemente, por el solar sobre el que se asienta. Extraordinario éxito y numerosos seguidores ha tenido la teoría de que la Aljafería seguía el modelo de remotos palacios omeyas y abbasíes y de algunas proyecciones norteafricanas. De entre los hispanomusulmanes, se le ha hermanado con el alcázar sevillano y se le han querido encontrar algunas coincidencias de distribución con ciertas zonas de Madinat az-Zahra, y se han destacado sus similitudes y diferencias con las alcazabas de Almería, Málaga y Granada. Las residencias aristocráticas orientales admiten su división en dos grupos tipológicos diferenciados: el de edificios omeyas con recinto torreado, patio central y habitaciones en torno, que podrían considerarse de carácter más privado que oficial, y otro grupo, que al desempeñar funciones de gobierno precisan un cuidado mayor en su complejidad funcional y la representatividad del propio edificio.



Interior del Oratorio. Frontal del Mihrab

La Aljafería, en su esquema árabe, está formada por un recinto torreado de forma cuadrangular con una sola entrada en su lado oriental, que alberga en su interior un espacio dividido en tres franjas similares de las que sólo la central está ocupada por construcciones que pueden reconocerse como de época islámica. La escasa imaginación creadora en época taifal produce una interpretación manierista del arte que se plasma en la ficción de sus sistemas de arquerías y motivos ornamentales, y que refleja de forma evidente la profunda disociación entre planta y alzado. Esta arquitectura musulmana, en su mayor parte está elaborada

con materiales pobres y estructuras frágiles a base de falsos arcos decorativos y pantallas sucesivas que tratan de disimular todo lo inarmónico, utilizando adecuadamente los elementos para producir el engaño.

Se observa en el Palacio lo que Ewert denominó jerarquización topográfica, criterio según el cual se reconocen zonas en las que el respeto a la tradición califal cordobesa es mayor y que coinciden con las más importantes. Así vemos la mayor sujeción formal en la mezquita, seguida aunque de manera menos estricta por el salón norte. En orden creciente de libertad siguen el pórtico norte y el cuerpo sur del Palacio.

Un elemento importantísimo en el plan de la Aljafería es la torre del Homenaje. La muralla se construyó en función de ella y al construir el Palacio la simetría y la modulación espacial obligaron a centrarlo en el espacio murado, pero sin olvidar

que la torre iba a presidirlo todo, iba a interpretarse como el soporte real y óptico de la autoridad del soberano, de su trono, iba a convertirse en el símbolo del poder. Pero la mole poderosa de la torre, con la imposibilidad de convertirse ella misma en salón del Trono, como fue posteriormente el caso de la nazarí torre de Comares, añadía un elemento más, un elemento dominante en la creación de ese eje direccional, lo que obligaría a reducir las dimensiones del cuerpo norte respecto del sur para evitar el macrocefalismo del edificio.

En época cristiana será Jaime II, desde el principio mismo de su prolongado reinado, el verdadero iniciador de la renovación sistemática de la Aljafería la cual, seguramente, se encontraba en avanzado estado de deterioro. Pero será Pedro IV quien acometerá un verdadero plan de reconstrucción que afectará al edificio en su totalidad con un pleno desarrollo en los aspectos civiles, religiosos y militares del Palacio, iniciando, de este modo, uno de los más brillantes períodos para la historia y la arquitectura de la Aljafería a la que convertirá en un símbolo de la monarquía aristocrática por él instaurada.

Este complejísimo plan, que supondrá la primera gran transformación desde que dejó de pertenecer a los árabes, afectará a todo el recinto, creando dentro de él ricos edificios palaciegos que al superponer sus estancias a la frágil arquitectura musulmana obligará a cerrar arquerías y levantar soportes. A los palacios acompañan la fundación de la capilla de San Jorge y la dotación de ésta y la de San Martín, biblioteca, mobiliario, dependencias destinadas a funciones administrativas, servicios y viviendas, así como la adquisición de huertas y posesiones en torno al Palacio y la creación de jardines; también los pórticos del patio de Santa Isabel y, desde luego, mejora la fortificación de la Aljafería acondicionando los fosos, acometiendo la reparación y reedificación de las torres Mayor y del Viento y aprovisionándola con un buen lote de armas.

En la decimoquinta centuria habrá de ser Fernando II quien de nuevo se encargue de rehabilitar la Aljafería, cuyo ruinoso estado, unido a la necesidad de albergar el Santo Oficio, fue la causa de la decisión real de construir un nuevo Palacio más



Patio de Sta. Isabel, 1282

que de restaurar el antiguo. Los restos de este nuevo palacio que han llegado hasta hoy, nos indican la extraordinaria magnitud de las obras que entonces se llevaron a cabo y que comenzaron poco después del año 1480.

Fundamentalmente, lo nuevo afectó al lado norte del Palacio, eliminando parte de la construcción medieval sobre el pórtico norte y los pabellones; macizando las arquerías construidas por Pedro IV al construir su salón sobre la zona de la alberca se levantó un nuevo piso, creando un espacio ricamente cubierto al que se rodeó de salas con magníficas techumbres que formaron un conjunto protocolario de exquisita traza, dotado con una suntuosa escalera de doble tramo y una galería abierta montada sobre pilares octogonales en su lado septentrional y que circundaba todo el patio de Santa

Isabel. Otro lugar del Palacio donde la intervención en este momento fue importante es el patio de San Martín, donde se instaló la Inquisición en 1486, ocupando las cuatro fachadas de dicho patio. Tipológicamente, el patio quedó dividido en tres zonas; la principal estaba compuesta por el lado oeste y poco más de un tercio del de mediodía, con un alzado de mayor altura que los demás, dividido en tres plantas: la baja con un arco apuntado de acceso a la vivienda y al patio de Santa Isabel, la noble con vanos ajimezados de excelente traza y la tercera con galería de arquillos de medio punto. La



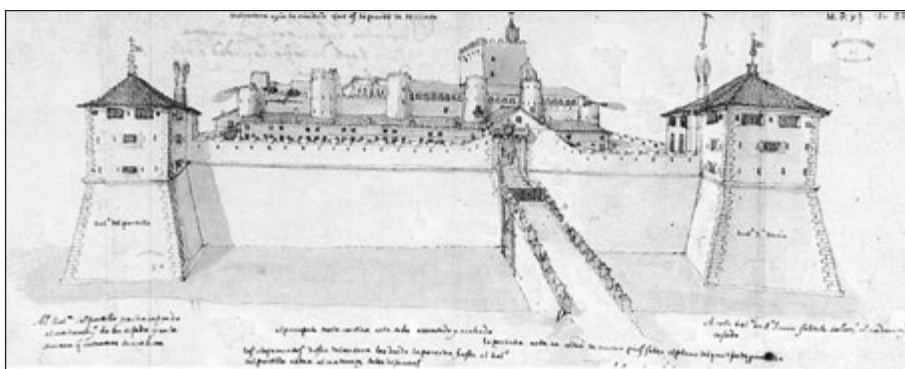
Techumbre mudéjar realizada en madera dorada y policromada (Sala de los Reyes Católicos)

segunda zona ocupaba el lado este, adosada al interior de la muralla y cubriendo la entrada al recinto y algo más de la mitad del lado sur. En planta baja, en el lado este, abrían tres arcos apuntados, constituyendo el del lado norte el paso del exterior del recinto al interior del patio, y un pequeño acceso en la parte de mediodía; sobre este piso otro con vanos pequeños adintelados y encima una galería de arquillos. Y por último, la tercera zona estaba formada por otro edificio adosado a la fachada de la capilla de San Martín, en cuya planta baja abrían tres arcos apuntados por uno de los cuales, el del lado oeste, se pasaba a la torre del Homenaje. Una planta primera con vanos rectangulares y sobre ésta una galería adintelada con columnas, al modo de las del patio de Santa Isabel.

También las obras afectaron a la muralla, reforzándola en su cortina oriental para coronarla con una logia de arcos carpaneles y rebajando los cubos para instalar artillería, además de

superponerle otra puerta a la antigua de arco de herradura. Todavía, en 1516, se repararon y modificaron la cubierta y las almenas de la torre del Homenaje.

Esta importante ejecución, acabó, sin duda y definitivamente, con el carácter y la valoración espacial del antiguo palacio musulmán que tanto había sufrido ya, aparte del paso del tiempo, y dio la pauta para sucesivas intervenciones que tendrán su desarrollo en los siglos posteriores.



Lado de levante en 1593.

En el siglo dieciséis, el proyecto de construcción de un fuerte frente a Zaragoza culmina en una pobre fortificación del perímetro exterior de la Aljafería con la elevación de unos medianos baluartes o casetones y la limpieza del foso, adosando a la vez unos casi cobertizos al muro viejo. Se ha limitado al máximo el proyecto y sólo se intervendrá en el castillo. Alojamiento a levante y mediodía entre la barbacana y la muralla, capaces para doscientos soldados. El alcaide y otros oficiales se acomodarán en el patio de San Martín. Los almacenes, en el vacío hacia poniente junto a la capilla de San Jorge. Se rehace toda la barbacana vieja y entre ella y la muralla irá la ronda, estableciendo garitas para los centinelas en los cuatro ángulos.

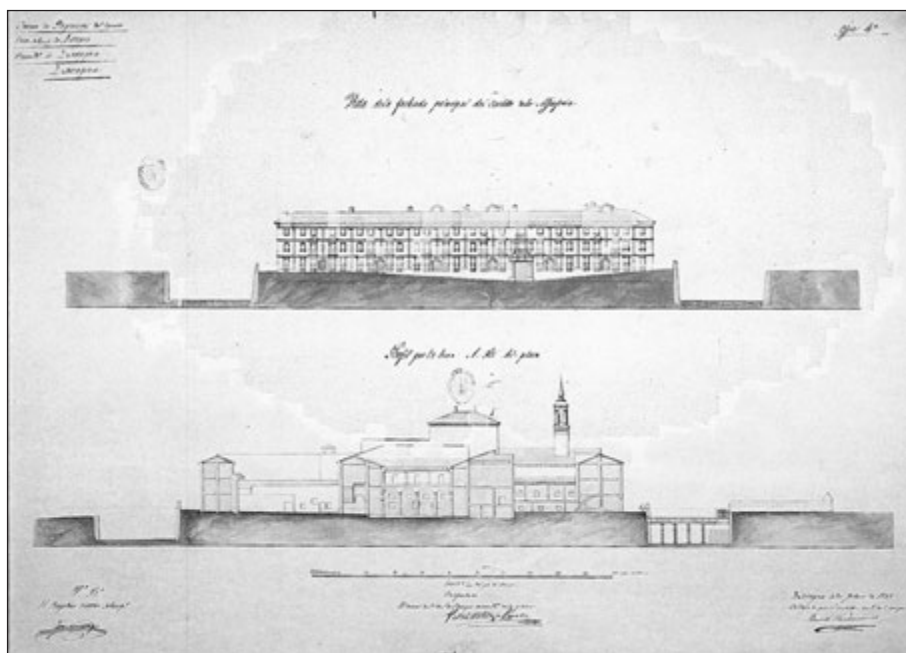
Fundamentalmente la obra a realizar en la Aljafería consiste en rodear a ésta de un sistema defensivo moderno. Cierto es que era un plan muy limitado, más aparente que real, y en el que la economía, presente desde el principio, impuso su ley. No se

hicieron cinco caballeros, sino cuatro, que es más imperfecto, se limpió el foso al que se dotó de escarpa y contraescarpa y tuvieron que hacer necesariamente los alojamientos y almacenes de que carecía. Las cortinas y baluartes se construyen con tapias de migajón forradas de ladrillo y las tres esquinas de cada baluarte guarnecidas con piedra cortada. En alzado, está dividido en dos cuerpos por un cordón. La parte inferior de los caballeros es troncopiramidal y la superior cúbica dividida en tres plantas y rematada por una cubierta de teja curva de cuatro faldones. Las cortinas se perforan por troneras y coronan por almenas. Estas obras se completan con alojamientos, una plataforma para artillería, caballerizas, letrinas, armería, un carnario y el empedrado de toda la fortaleza.

La Aljafería en el siglo diecisiete sólo debió reparar mínimamente los deterioros producidos por el tiempo. Realmente, el Palacio, tal como estaba, no era útil militarmente, ni siquiera como alojamiento. Su pérdida de función era evidente y para dotarla de ésta serían necesarias fuertes inversiones en obras.

Mayor interés para la arquitectura de la Aljafería tiene el siglo dieciocho que lo había tenido el siglo anterior. Recogerá una fortaleza casi en el mismo estado en que quedó a finales del siglo dieciséis y la transformará en un edificio cuartelario de aspecto radicalmente distinto. Los acontecimientos bélicos de la guerra de Sucesión inciden en la Aljafería, aunque no de manera notable en su arquitectura. A final del primer tercio del siglo el edificio preocupaba por su mal estado a la vez que se cuestionaba su valor militar. Que su estado fuese precario, a una distancia de cerca de ciento cincuenta años de una reforma importante y cuya obra se ejecutó en un brevísimo período de tiempo, con el riesgo de calidad que esto conlleva, no debe causar extrañeza.

Hasta 1772, la Aljafería no modificará su aspecto exterior de forma radical. Estas obras afectaron, fundamentalmente, al exterior de la muralla antigua y convirtieron a la Aljafería en un cuadrilátero con las esquinas achaflanadas. Se sustituyeron los viejos alojamientos por otros edificios también apoyados en los viejos muros. Se levantaron cuatro alturas, con las fachadas



Vista fachada principal y perfil de la Aljafería en 1848.

articuladas en una sucesión de vanos adintelados separados por pilastras y divididas en cuerpos por impostas. Una mayor riqueza ornamental, dentro de su sobriedad, se reservó para la fachada principal, la oriental, con vanos de mayor distinción, un cuerpo más que las otras tres y la portada monumental realzando el acceso tradicional. La mayor parte de los torreones cilíndricos fue arrasada, conservándose sólo algunos restos en el interior de los cuarteles. Éstos, en planta, estaban formados por dos naves los del este, sur y poniente, siendo el primero el que presentaba además mayor abundancia y variedad en la distribución interior, y una sola nave el del norte que se desarrollaba entre la esquina noroeste y la torre del Homenaje.

En el exterior se conservaba el foso y los cuatro pequeños y casi inservibles baluartes de las esquinas.

Una consecuencia inevitable por necesidades de la alineación exterior fue la ampliación de la capilla de San Martín. Ésta capilla, que estaba constituida por tres naves de dos tramos

orientadas al norte, se amplió en un tramo más para alcanzar la alineación exterior del resto de la fachada que también cubrió, por el mismo motivo, el lado norte de la torre del Homenaje. Otro elemento de la época fue el cuerpo superior añadido a la torrecita de la capilla.

Las obras no afectaron excesivamente a las construcciones ubicadas en el interior de la muralla antigua, por lo menos en su estructura principal, aunque sí se hicieron nuevas distribuciones y accesos. El patio de San Martín se mantuvo sin apenas variación, así como el antiguo pabellón norte del palacio musulmán y la zona del patio de Santa Isabel. Sí se demolieron las habitaciones arruinadas del ángulo suroeste y se instalaron unas cocinas.

Después de casi dos siglos en que la Aljafería mantiene casi intacta su estructura, sufre en el último tercio del siglo dieciocho una profunda transformación en su cascarón que, por fortuna, no agredió tan intensamente al corazón del Palacio, aunque sí la dejó preparada para las intervenciones de la centuria siguiente.

Numerosos proyectos se redactaron en el siglo diecinueve con redistribuciones internas, la construcción de cuatro torreones de esquina de factura neogótica sustituyendo a los casetones



Vista desde el sureste en 1962.

erigidos en el siglo dieciséis, otra muestra de falta de función, y de apariencia, el derribo de las bóvedas de la capilla de San Jorge, la proyección al exterior por primera vez en su historia y el terraplenado definitivo del foso.

Por último, en el siglo veinte, aunque no se realizan proyectos de envergadura se siguen utilizando las estancias de las diversas épocas para funciones cada vez distintas, creando dependencias, comunicaciones e itinerarios que alteran las primitivas relaciones ya desde antiguo tan modificadas. A partir de la segunda mitad del siglo el Palacio irá recuperando paulatinamente su carácter civil, etapa que concluirá con la instalación en su solar de las Cortes de Aragón.

Las fases de la restauración

El proceso restaurador, en su primera fase, afectó a la zona monumental y consiguió la reconstitución del palacio musulmán, fundamentalmente, con intervenciones en los lados septentrional y oriental de la muralla, torre del Homenaje, capilla de San Martín, palacio de los Reyes Católicos, patio de Santa Isabel y palacio medieval pero, sobre todo, se realizó una profunda labor de exploración en todo el ámbito del monumento.

Todas estas actuaciones, dirigidas por el arquitecto Francisco Íñiguez Almech, han permitido la recuperación histórico-artística de la Aljafería islámica con arreglo al criterio establecido por el restaurador, criterio dictado desde la honradez profesional y un extraordinario cariño y respeto al monumento y a su significado. Ha sido un trabajo intenso y necesario para el conocimiento de la Aljafería; los resultados, hechos públicos en parte por Íñiguez en 1962, supusieron el verdadero inicio de los estudios científicos sobre el palacio zaragozano y semilla fértil cuya germinación ha propiciado, sin duda, la creación en Zaragoza del tan demandado y anhelado Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo.

El vaciado y recuperación del foso, con proyecto de Ángel Peropadre Muniesa, incorpora un elemento identificado con un momento posterior, finales del siglo dieciséis, que aumenta la

monumentalidad del conjunto pero, paralelamente, recupera para la Aljafería una cualidad tan repudiada por los ingenieros militares durante los siglos dieciocho y diecinueve, cual es la de su aislamiento, condición que renueva y perpetúa su dificultad para su relación e integración con la ciudad.

La actuación de los arquitectos Luis Franco Lahoz y Mariano Pemán Gavín, con el encargo de habilitar el edificio para sede de las Cortes aragonesas, se desarrolla en varias fases compaginando restauración y rehabilitación. En la primera de ellas, el ámbito de actuación se localiza en la zona oriental de la Aljafería, incluyendo el patio de San Martín y toda la porción ocupada por cuarteles derribados recientemente, hasta la muralla, y el ala sur que comprende el salón del palacio islámico y las edificaciones adosadas a la muralla pertenecientes al antiguo cuartel. Queda fuera de esta intervención el palacio islámico situado en torno al patio de Santa Isabel y la ampliación realizada por los Reyes Católicos, zonas en que se ha centrado fundamentalmente, junto con las murallas, la labor restauradora desarrollada hasta el momento presente. La propuesta de intervención atiende, según sus autores, fundamentalmente, tras una reflexión previa sobre el estado del monumento, al aspecto arquitectónico y a la conservación física, debiendo resolverse los problemas derivados de la estructura interna del edificio, la tipología, la ideación y ordenación de los espacios necesarios y el funcionamiento en orden a un programa de necesidades.

La propuesta planteada es el resultado de un análisis del conjunto en que se actúa y de un proceso de aproximaciones sucesivas al lugar, que permite valorar las sugerencias de cada una de las partes en las que existe alguna actuación o interferencia. El estudio del monumento arranca de un intento de acercamiento al criterio que Íñiguez mantuvo en la recuperación del edificio, tratando de valorar lo permanente y los aspectos y cualidades de esta obra inconclusa.

En una segunda fase actuarán en las alas oeste y norte y en el patio occidental.

El ala occidental es una edificación estrecha y de gran longitud, adosada por el exterior al grueso muro que constituyen los

restos de la antigua muralla medieval. El ala norte es un cuerpo más ancho y corto que el anterior, configurando el lado pequeño del rectángulo del patio occidental. De doble crujía, se estructura a ambos lados de un muro central erigido sobre la supuesta traza de la muralla islámica, cuyas fábricas fueron demolidas para edificar el cuartel. Este cuerpo es lo que queda después de las demoliciones llevadas a cabo en las etapas anteriores de la restauración de la Aljafería para la investigación de la primitiva estructura medieval, tal y como sucedía, simétricamente, en el lado opuesto ya rehabilitado para sede de las Cortes y permite un acceso tangencial complementario sin alterar de forma sustancial la actual disposición de las edificaciones.

La actuación prevista en esta fase alcanza también a una zona que viene a dar al patio occidental y que pertenecía a las construcciones cuartelarias, quedando entre las áreas monumentales y las nuevas dependencias de las Cortes. Se incluye en este proyecto con el fin de dejar terminada la restauración de fachadas del mencionado patio, ya que están en continuidad y formando un todo, y también para dejar terminada la restauración de la obra civil en esta parte y resolver con ello, al menos en estructura, la confluencia entre las zonas correspondientes a las Cortes y al Ayuntamiento y sus respectivas comunicaciones y accesos.

Tras la cesión municipal de la zona monumental de la Aljafería a las Cortes de Aragón, la labor restauradora del Palacio recibe un nuevo impulso que concluye a finales del año 1997 las intervenciones en los palacios medievales con la puesta en valor de techumbres, paramentos y solerías, incluyendo la conexión con la torre del Homenaje y dando accesibilidad al aljibe y finalizando los últimos trabajos en las estancias taifales y en el palacio de los Reyes Católicos.

Con la consolidación, restauración y rehabilitación de la torre del Homenaje culmina, en 1998, la dilatada y complejísima labor recuperadora del palacio de la Aljafería.

Las distintas intervenciones restauradoras, prolongadas durante la segunda mitad del siglo veinte, han conseguido recuperar distintas manifestaciones arquitectónicas y artísticas, todas ellas encarnadas en la Aljafería a través del tiempo,

unas más acertadas y otras menos, pero todas representativas de un momento histórico distinto que hace de la Aljafería un muestrario de estilos poco frecuente en conjuntos monumentales y que extrema la ya difícil elección del criterio restaurador, motivo siempre de enormes e interminables controversias.



Vista general en la actualidad.

Siguiendo la tradición, en la recuperación de la Aljafería han intervenido factores diversos como la titularidad cambiante de la propiedad, las utilizaciones propuestas, la cuestión económica y la oportunidad que, finalmente, y como un monumento a la CONCORDIA, han concurrido en el establecimiento en su solar de la sede de las Cortes de Aragón y, como consecuencia, la finalización de las obras.